



La crisis de la Historia y su método.

El afán de renovación, el prurito de reforma, la obsesión por cambios radicales, toda esa agitación espiritual, desordenada y violenta en algunos de los sectores de la vida, que hacen la característica de este largo estadio convulsivo que ha seguido la post-guerra, ha universalizado el afán revolucionario. Nada ha escapado a su contagio ni ha hecho excepción al empleo de sus disciplinas. Y había de acontecer esto, como fatal consecuencia del cambio de cimientos de una cultura. A la solución mecanista y dinámica de todo el proceso humano, dada por la *evolución*, y que fué la etiqueta de la filosofía del siglo XIX, han sucedido la concepción *estática* y *relativista* del cosmos y la *intuición* como único valor del conocimiento.

Semejantes sistemas imponen un trabajo de reconstrucción integral en todas las disciplinas de nuestra cultura, y más todavía, una interpretación diferente de la vida y del cosmos. La acción del pensamiento humano, realiza, así, en este "momento" un trabajo prepotente y transcendental. Al afán de enorme reconstrucción de unos grupos, al tenaz em-

peño de conservadorismo por pasadas estructuras, de otros, y a la curiosidad arrebatada, de los más, asistimos hoy. El mundo, a través de las nuevas "ideologías", como se ha dado en llamar a los patrones de la reconstrucción, semeja un enorme taller instalado sobre una ciudad en ruinas, en el que los obreros se agitan por una edificación de nuevo estilo, y en la que, si aprovechan los nuevos materiales, es sólo después de haberlos transformado. Conceptos nuevos de la "vida" y del "universo", métodos originales en la investigación, se emplean con todo vigor en la edificación de la obra formidable y de fisonomía común. "Desde 1901, coincidiendo peregrinamente con la fecha inicial del nuevo siglo,—dice Ortega y Gasset,—comienzan a elevarse sobre el horizonte intelectual, pensamientos de nueva trayectoria. Esporádicamente, sin percibir su radical parentesco, aparecen en unas y otras ciencias, teorías que se caracterizan por disentir de las dominantes del siglo XIX, y lograr su superación. Nadie, hasta ahora se había fijado en que todas estas ideas que se hallan en su hora de oriente, a pesar de referirse a los asuntos más dispares, poseen una fisonomía común, una rara sugestiva unidad de estilo".

Semejantes creaciones ocasionan, en algunos casos, crisis violentas en las antiguas disciplinas, tan violentas que amenazan cambiar de cuajo la antigua construcción ideológica, transformando hasta la substancia de la doctrina: tal ocurre con la Historia; concepto y método de la Historia, atraviesan hoy por una profunda crisis que amenaza, si no quitarle el valor ético y estético al estudio del pasado, por lo menos transformar la interpretación, inaugurando la más radical y legítima de las rectificaciones.

Este proceso de transformación lleva ya un largo recorrido. Lo inició la intuición genial de Honorato Taine, en

Francia; el apasionado espíritu de Treitske, en Alemania, y lo han precipitado las teorías bergsoniana, spengleriana y einsteniana, cuyo contagio alcanza ya a todos los sectores de la cultura.

El siglo XIX hizo de la Historia una disciplina científica. Los descubrimientos de la paleontología y de la prehistoria, imponiendo el rigor de los métodos científicos en las deducciones, y proclamando el desinterés en los procesos de las investigaciones, parecieron asegurar esta categoría al conocimiento del pasado.

El valor científico de la Historia había sido impugnado por los Kantianos. Estos, siguiendo a Aristóteles, le negaban todo valor principista; sostenían que “no había ciencia de lo particular, sino de lo general”, y, siendo la Historia apreciación de individualidades, su valor escapaba al enmarcamiento de las disciplinas científicas. En este crítico balance, la Historia creyó recibir su confirmación principista con el evolucionismo lamarkiano, y el darwinismo. La selección y el encadenamiento de las especies, hacen de la *historia natural* un preliminar necesario y adecuado de la *historia humana*. La especulación filogénica podría apreciarse ya en los procesos antropomórfico y zomórfico; y a la Sociología, ciencia de “agrupaciones humanas”, había de agregarse como estudio integral, la Zoo-sociología, ciencia de las “agrupaciones animales”, tal como lo había ensayado Asturaro. (“*Sociología integral y Zoo-sociología*”, Padua, 1910).

Hasta los neo-kantianos reaccionaron a favor de la “historia científica”. Rickert contestó la objeción fundamental del particularismo, como característica de la Historia, haciendo ver que aun en este particularismo o individualismo histórico, había un concepto de unidad; que lo esencial en el

concepto histórico era la valoración de los hechos, y que esta valoración no podía conseguirse sino aplicando a esos “juicios de valor”, o mejor “sentencias de valor”, un criterio de universalidad. Era el mismo principio kantiano de la universalidad del principio ético, el que había de aplicar el historiador para apreciar la acción y juzgar acerca del hecho “La realidad, según Rickert.—se hace naturaleza cuando la consideramos con referencia a lo particular”, y Alfredo Doré dijo del historiador Ranke, que éste pudo evitar la parcialidad, no porque se mantuviese neutral, sino por la universalidad de su simpatía. Así, pues, el verdadero historiador, el maestro de la historia objetiva debe ser ante todo, “el hombre que siente y compadece”; rasgo este que lo separa casi radicalmente del investigar inteligente de la naturaleza, en cuya labor científica no puede jugar un menor papel ese elemento de simpatía. Para un historiador que quisiera realizar lo que Ranke deseaba, esto es, “apagar su yo” al reconocer el pasado, no habría historia científica, sino una insensata vorágine de figuras diversas, todas diferentes, todas igualmente significativas, pero sin ningún valor histórico.

Túvose, entonces, la ilusión de haber alcanzado el fundamento principista y científico de la historia, supuesto que ésta, como la ciencia de la naturaleza, subordinaba lo particular a lo universal, y en la valoración de los hechos se creyó encontrar un “criterio universal”. El único conflicto que podía ocurrir al hacer esta valoración, consistía en que ésta se tornase caprichosa y arbitraria, dando lugar, por estas características, a los más opuestos sistemas; pues, si se valora la acción personal y la dirección impuesta por los “grandes hombres”, se puede caer en un providencialismo metafísico, y, entonces, ya no se hace historia sino filosofía; si en sentido contrario se valoriza la “acción colectiva”, puede llegarse, por la vía de los factores genético y económico, al materialismo histórico o al fatalismo político: una vez

más se corre el peligro de no haber hallado la piedra de toque de un criterio de verdad.

En el momento actual, la crisis se ha acentuado. Como lo ha hecho notar Pierre Jaccard, las ciencias morales son las más afectadas por los nuevos principios y por los nuevos métodos; y entre las ciencias morales, la Historia es la que, como disciplina científica, recibe hoy las más fuertes acometidas.

Desde luego, se le niega su carácter principista. No ha bastado la defensa de los neo-kantianos que con Rieker, han afianzado las pruebas del carácter científico de la Historia; los más benévolos críticos de este *carácter científico*, han declarado que ya que no una ciencia, la Historia es una filosofía, y como tal, su más grande significado es la aspiración al conocimiento de una realidad "metafísica", "espiritual", "psicológica", más efectiva que la realidad *natural* que flota sobre los hechos y los determina. La Historia, se convierte así en interpretación de la vida, y no en interpretación de la naturaleza. La Historia es captación de un eterno dinamismo, y no de una inmutable y fría estructura. Spengler lo ha dicho: "vivimos la historia; conocemos la naturaleza. Desgraciadamente ese conocimiento de la naturaleza, no nos dá, según el autor de la "Decadencia de Occidente", sino el concepto de armonías vivientes, que facilitan la interpretación de la Historia, que es un conjunto de "armonías causales".

"No hay, dice Jaccard, una ciencia de la Historia, sino una ciencia preparatoria para la Historia; una ciencia que proporciona a la Historia, el conocimiento de lo que ha existido". Pero, para la visión histórica misma, hay que tener muy presente que los datos son siempre símbolos. . . El que vive

la Historia con profundidad, rara vez tiene impresiones estrictamente "causales", y si las tiene, ha de sentirlas, seguramente, como insignificantes. Examinad los criterios de Goethe, sobre "ciencias naturales", y admiraréis la representación de una naturaleza viva, sin fórmulas, sin leyes, casi sin rastro de causalidad. El tiempo no es para Goethe, "distancia", sino "sentimiento". Al científico que analiza y ordena con crítica, pero sin intuición ni sensación, no le es dado lo último y más profundo. La Historia, empero, exige ese dón. Y así resulta verdad la paradoja de que "un historiador será tanto más significativo e importante, cuanto menos tenga de propiamente científico".

Y en otra parte, rechazando las objeciones de los aristotélicos y de Kant, que escribían en sus banderas el aforismo "no hay ciencia de lo particular", contesta: la pura imagen histórica no es visible sino para quien la mira con esa mirada que penetra a lo íntimo de las almas, y que nada tiene que ver con los medios del conocimiento estudiados en la *Crítica de la Razon Pura*".

Penetrar en el íntimo sentido de los hechos, vivir plenamente en el pasado, evocándolo, sintiéndolo, adivinándolo en veces, y siempre participando de sus caracteres, de sus luchas, sus ambiciones, sus intereses, sus temores; trasladar el cuadro del pasado a la visión de los espectadores del presente; llevar la curiosidad a los panoramas pretéritos, resucitando los muertos y agitándolos con sus pasiones, reivindicando, con esta misteriosa resurrección, los atributos que se les negó, y descubriendo,—sin ser embarazados por las taras de la venganza, del interés o de la pasión,—toda la vida de las generaciones del pasado, eso es hacer Historia. "En la Historia ha dicho Oliveira Martenz, no hay enemigos, hay muertos; la crítica no es una discusión, es una sentencia".

En cuanto al método histórico, una reciente polémica entre críticos e historiadores franceses, ha vuelto a despertar el interés por los estudios históricos y los métodos empleados en la investigación. El análisis sutil y detallista de los alemanes, ese "historicismo", que tanto mortificó al espíritu constructivo y sintético de Nietzsche, ha provocado el debate. Maritain y Massis han atacado a esos investigadores de labor de *topo hormiga*, con una inconmensurable intransigencia. Renán, y el biógrafo de éste, P. Lassere, han sido a su vez acerbamente censurados, tanto por el plan como por el método en sus investigaciones. La Historia, según ellos, es una filosofía y no una ciencia. Es mutilación arbitraria y vana la que se ha verificado adoptando el principio científico de la exclusión de lo transcendental, que con tanto rigor, le aplicó Florens.

Excluir de los hechos lo divino y lo sobrenatural, no basta para dar a la Historia la objetividad y el rigor científico que le son indispensables. La Historia no puede ser ni catálogo de hechos incongruentes, ni sistema de conocimientos especulativos o dogmáticos.

El valor trascendente de los "hechos memorables" tiene el acreditado voto de Spenger. Este pensador alemán, con su teoría del "sino" y su negación de todo principio de causalidad, ha estimulado el estudio de una historia metafísica y providencialista, cuyo incesante devenir escapa al rigor esquemático de los procesos naturales y al encasillado de las "leyes"; y, al mismo tiempo que explica esa posible captación del devenir histórico y su encuadramiento a fórmulas, prueba con éxito deslumbrante el paralelismo de las culturas china, hindú, egipcia, antigua y mágica que ofrecen procesos, semejantes.

¿Por qué entonces, no anunciar los estadios posteriores de la cultura fáustica, nacida de la inquietud del siglo XX, decadente ya desde el siglo XIX, si se tiene el esquema del

futuro proceso, en la génesis de las culturas precedentes, extinguidas unas y agonizantes otras? Esta aplicación metódica de los spenglerianos y del método que ha de usarse en la critología histórica, es lo que observamos en la hora presente, en especial entre los historiadores alemanes. Se nota el afán de encuadrar el estudio del pasado en las nuevas categorías señaladas por el autor de la *Decadencia de Occidente*, como ocurrió en el pasado siglo al ceñir la metodología histórica a la "ley de la evolución". La nueva orientación de Spengler, dice el profesor Quesada, cambia de todo en todo la anterior de Spencer. Este, todo lo explica con un criterio de "evolución" y el principio de la causalidad, con lógica mecanista; es decir el concepto monista de la cadena sin fin de causas y efectos, ascendía desde lo que nuestros ojos observan hasta las causas primeras que nuestro espíritu voluntariamente admite. El otro prescinde de explicar nada y se concreta a describir todo con el criterio de la relatividad y el de lo cósmico".

Esta concepción original de la vida humana ajena a enlaces causales y mediatos, cuando más, nos induce a ver las analogías de los hechos en el paralelismo de las culturas y en su sucesión ordenada y lógica. Encontramos nuestro feudalismo occidental y cristiano produciéndose, en análogas circunstancias al egipcio que siguió a la invasión de los Hicksos, o al que precedió en China a la dinastía Han; apenas si al producirse el fluir de la vida universal, flota el "sino" como un *fatum* del que ninguna cultura puede escapar, como no puede el individuo sustraerse al crecimiento o a la muerte.

Abandonadas las pretensiones del científicismo mecanista en la Historia, ha vuelto ésta a orientar su interpretación en un sentido más trascendente. El hecho histórico hay

que esudiarlo buscando, en el fondo de su producción, su esencia, el ambiente físico y moral del suceso. Era lo que Taine reclamaba ya para la captación del pasado, recomendando el estudio y la evocación del *medio*, el *momento* y la *raza*, para luego interpretar a su vez este ambiente, en relación con el estadio del proceso cultural, desligado a su vez éste del proceso universal; pero considerados estos factores como únicos y esenciales olvidaba al *hombre*, al genio, a la voluntad individual, que en veces es producto del “medio” de la “raza” del “momento”, y en ocasiones sobrepasa o violenta a estos elementos.

Para la intensa y completa percepción del pasado, para su total apreciación, no bastan nuestras fuentes, escritas o no, ni nuestras tradiciones, ni el “momento”; apenas sí este acervo documentario sirve de elemento auxiliar. La piedra de toque en la evocación, en la reconstrucción del pasado, en la vida escenográfica de los hechos, la dará la *intuición* y el *sentimiento*. De allí el valor del arte y el poderoso auxilio de la imaginación en la visión de los cuadros. Para su composición el historiador no sólo será el erudito de los “datos”, sino el novelista y el poeta. Herodoto se vé así, reivindicado, cuando hace de la *musa Clío*, simbolo de la Historia.

Vivir en el ambiente remoto, apoderarse del alma del personaje de otra época; sustraerse a las preocupaciones del presente, al grillete de la moda, al prejuicio que engendra nuestro “momento”, tiene la dificultad de lo imposible, que sólo a la *intuición* es dable vencer. El historiador obra, entonces, como el taumaturgo. Y, efectivamente ocurre que los mejores historiadores han sido siempre los mejores *intuitivos*. Adivinos del pasado, reconstructores de épocas pretéritas.

Este mismo concepto de la apreciación histórica, ofrece ahora características interesantes. A la apreciación racional, lógica, del hecho, ha sucedido la reconstrucción intuitiva de la escena del ayer, a veces contraria a la realidad estricta del pasado, con incongruencias y anacronismos; pero provocados o incluídos éstos intencionalmente con el fin de dar colorido a la acción, hacer más vehemente el sentimiento y más vivo el interés. La obra histórica es así producto de un análisis psicológico profundo y extenso, y los hechos tienen la apariencia de episodios de novela.

Los más saltantes ejemplos de una historia novelada, con la aplicación del nuevo método, los dieron tres libros originalísimos: la *Jean d'Arc*, de Delaill; el "*Lüther*", de J. Maritain, y principalmente el "*Saint Agustín*" de Louis Bertrand. De los primeros se ha dicho, que, "la bibliografía quedaba ensombrecida a través de la caricatura". La doncella de Orleans aparece en su ambiente aldeano, rudo y casi bárbaro del primer cuarto del siglo XV. Para hacer vivo e interesante el cuadro, se acumulan, intencionalmente, anacronismos: Juana es allí una analfabeta, vestida a la usanza de nuestras muchachas de poblado, con la ropa de algodón y las alpargatas. Sus soldados, los soldados de Carlos VII, hablan el *argot* de las actuales tabernas de París, se alimentan de pasteles y conservas, carnes de mono, saladas, y hasta patatas, (Trescientos años antes de que Parmentier las introdujera en Europa) ¿Se quiere más exageración anacrónica? Pues en la Catedral de Reims, durante las fiestas de la Coronación, el pueblo danza la "Carmagnola" de la Revolución, y en la música de los "Armagnaques" se oyen los *leif motiv* de la "Marsellesa". ¿Y todo esto, para qué? ¿Acaso como una fuente de ironía *anatolfranceica*, para pulverizar la reconstrucción histórica seria? Nó; de modo alguno; es sólo un recurso para vivir, entender, compenetrarse de ese memo-

rable momento que se perdería a nuestra visión, a través de los tupidos velos de la civilización contemporánea.

En cambio, con la magia empleada, "la doncella" se hace inteligible, sus visiones son nuestras visiones; sus sueños son todavía los sueños de los románticos y de los místicos que florecen en todas las culturas, pero que, por lo mismo, no podrán ser comprendidos, sino trasladando sus vidas por el opuesto curso de las aguas a las que hemos sido arrastrados por la evolución humana.

"Lüther", el apóstol de la Reforma, ha gozado de igual privilegio en su reconstrucción. El biógrafo, apasionado del carácter enérgico del protagonista y de su obra prepotente, ha procurado saturarse del espíritu del "reformador" y por una mágica introspección, así preparado, ha sentido las violentas emociones del monje atormentado; se ha transportado, en un éxtasis, de honda visión, al momento álgido de la vida del rebelde, y ha captado su alma entera. Maritain se revela un extravagante anacrónico, pero es un profundo psicólogo, y su "Lutero" intuitivo, será mejor comprendido que el que nos ofrece la historia religiosa, oficial y de cátedra.

Ningún éxito editorial es comparable al obtenido con el "Napoleón" de Emil Ludwig. La obra del eminente biógrafo alemán merece la universal apreciación. Como Plutarco, ha juzgado que se puede enjuiciar una época desde la biografía de un personaje representativo, tanto más si ese enjuiciamiento es dirigido y motivado a propósito de los planes, proyectos, propósitos, apreciaciones, ideales y hasta apasionamientos del grande hombre. "En Napoleón, dice Ludwig, cada divergencia de opinión con sus hermanos o su esposa, cada hora de melancolía o de arrogancia, sus accesos de ira o de emoción, sus astucias con el enemigo y sus bondades con el amigo, cada palabra a sus generales o las mujeres, nos ha parecido más importante que el plan de batalla de

Marengo, las cláusulas de paz de Luneville o los detalles del bloqueo continental”.

Biógrafo tan grande como Ludwig, Zewig nos ha probado en su “Fouché” que el concepto total de una época, la psicología multitudinaria de una masa humana en una revolución, y la vida agitada, contradictoria y desconcertante de una asamblea, pueden estudiarse, mejor que en la investigación lenta y menuda de sus acciones, a través del temperamento audaz, intransigente y frío de un hombre cínico y temerario, que muestra en su gama de “cálculos” y de “sentimientos” de lo que es capaz, en la vida, el valor y la serenidad fría e imperturbable de un espíritu firme y tenaz.

Y así, a través del particularismo de un alma, se estudia y se comprende mejor una época y un “momento”. No cabe duda que el método *plutarquiano* supedita hoy al *poliviano* y vuelve a cobrar relieve el hombre representativo de Emerson!

Pasar de la biografía a la historia intuitiva, no será difícil.—El gran ensayo lo realiza H. G. Wells, en su “Bosquejo de una Historia Universal”.—Son vislumbres lejanas, trasplantamientos a nuestra época, de períodos milenarios, objetivación de la vida humana, vista con mirada de vidente; adivinaciones, éxtasis, relatos de soñador.—Aplicaciones a la Historia de la Humanidad, del aforismo biológico: la evolución de la especie se vé reproducida en la del individuo: *la ontogenia es una recapitulación de la filogenia*.

HORACIO H. URTEAGA.
